

# LA ÚLTIMA NOCHE DE ROQUE ALONSO

TEODORO SANTANA

**E**ra un sofá incómodo. Habían apagado las luces, pero por la ventana se colaba algo de claridad proveniente de las farolas mortecinas de la calle, algunos pisos más abajo. Hacía calor aún, aunque empezaba a refrescar; además ese maldito silencio interrumpido sólo por un gruñido o queja o suspiro de alguno de los tres ancianos. El abuelo Roque seguía con los ojos abiertos, los labios apretados, mirando el techo.

— ¿Cómo está, abuelo? Hoy tiene mejor aspecto—había dicho a modo de saludo, nada más entrar en la habitación.

— Yo ya estoy listo, mi niño—y no volvió a hablar hasta que marcharon todos y quedó sólo Miguel.

— Ayúdame a ir al baño.

— Abuelo, sabe que no puede moverse, que eso es malo para el corazón—pero el viejo se erguía ya, respirando con dificultad, dispuesto a echarse al suelo.

— Pero si le pongo el chato y es igual.

— Yo en eso no puedo. Venga, ayúdame.

De modo que Miguel le tuvo que pasar la mano por la cintura y llevarlo casi en volandas hasta el retrete. Dejó la puerta abierta, pero el viejo la entornó un poco; le daba vergüenza aún, con ochenta y cuatro años; hasta hacía un mes caminaba sus cuatro o cinco horas diarias haciendo recados a unos y a otros, y bajaba todos los días a Las Palmas a comprar los *ciegos*.

— No haga usted fuerzas, abuelo—. No había forma, con lo mal que estaba, y eso que le tenía un pánico terrible a la muerte, pero más miedo tenía a no poder caminar y quedarse en una cama. Conservaba todo su tino, hay que ver lo que quiero a este viejo, porque algún día sería él, y le gustaría llegar al final con la dignidad de Roque Alonso, esta gente está en verdad hecha de otra madera, templados como viejos arados, y si no a ver, que el abuelo Roque tuvo que emigrar con catorce años, eran muchas las bocas en la casa paterna de Teror, cruzó el océano cuando estallaba la guerra en Europa, medio escondido y sin papeles en una bodega pestilente, y así llegó a La Habana.

El viejo empieza a moverse para regresar a la cama; Miguel tiene que apresurarse para que no se caiga, y lo vuelve a llevar para que se acueste.

— Déjame a mí, descansa tú ya—, pero Miguel lo arropa. Es en verdad hermoso el cuerpo de un anciano,

y la ternura le crece por dentro ante la fragilidad y las arrugas; dicen que era muy guapo, rubio, con esos ojos grises ahora más opacos, y que bailaba muy bien y que jugaba al béisbol y que empezó a trabajar en las guaguas azules de La Habana; después fue a Camagüey como peón de un rancho, y entonces conoció a Luisa que tenía ocho años. Roque decidió que aquella muchacha sería para él; Miguel se enteraría muchos años después que la abuela Luisa era biznietita de una mulata de Santo Domingo casada con un francés, aunque tenía también sangre vasca y gallega y de no se sabe dónde, a estas alturas qué importancia puede tener, si alguna vez la tuvo en unas islas de aluvión.

El viejo parecía tranquilo, así que decidió salir al pasillo a echarse un cigarro. No había nadie, sólo silencio y luces amarillas y empezaba a hacer algo de frío. Hasta las ocho no vendría Lila a relevarle; y menos mal, porque el resto de la parentela se había escaqueado, la pobre abuela, vamos a ver si lo resiste, hay que ver lo que ha tenido que pasar; tendremos que cambiar los muebles y llevarnos los recuerdos, que si no se nos muere en esta casa, mira que venir tan lejos a pasar tantas calamidades. Miguel recuerda cuando estaban en La Palma, su padre trabajando en una galería de agua, y llovía, y el viento arrancaba árboles de cuajo y se cortaban las carreteras y las guaguas de la compañía «María Pérez» tenían que hacer transbordos a un lado y a otro del árbol derribado, y en eso que venía de vez en cuando la abuela en el avión y la iban a recibir al aeropuerto, y traía regalos y al cabo de unos días se volvía a ir, y Miguel lloraba. Dicen que de joven tuvo muchos pretendientes, que uno de ellos tiroteó a otro cuando ambos se encontraron a caballo camino del rancho donde Ramón, el padre de Luisa, trabajaba de capataz, y que quedó malherido, pero ella al final se enamoró de aquel canario tan solo el pobre, tan desvalido lejos de su tierra y de su familia; con catorce años se casó y se fue con su marido a Pinar del Río, que según la abuela era verde y fecundo como toda Cuba, que bien recuerda Miguel las historias que le contaba de pequeño, que por algo era su nieto preferido, como aquella del caimán que salía del río por las noches y mataba gallinas,

cochinos y hasta caballos, el caimán más grande que nadie recordara, que dicen que medía más de tres metros, así que se pusieron de acuerdo, porque estaba la gente tan asustada que ni al portal se atrevía a salir en cuanto oscurecía. Y organizaron batidas, pero no daban con el animal, hasta que se les ocurrió amarrar a un lechón a la orilla de un río y lo sangraron y chillaba de miedo mientras la sangre escurría hasta el agua. Esa noche apareció el caimán, y estaban todos muy atentos a matarlo cuando tuviera la boca cerrada, porque los caimanes tienen una piedra preciosa en el estómago, pero si mueren con la boca abierta la echan al agua. Lo malo es que uno de los de la partida se asustó y disparó precipitadamente; el caimán murió con la boca abierta: dragaron el río pero no apareció la piedra. Apaga el cigarro y entra de nuevo en la habitación; el viejo está otra vez por levantarse.

— ¿Qué quiere, abuelo? Pídame las cosas—su voz al oído del anciano.

— La bacinilla—apenas susurra. Miguel se la alcanza; después la vacía y la enjuaga.

— ¿Quiere algo más? ¿Está bien? Vamos, descanse—el viejo sigue con los ojos abiertos, leyendo algo en el vacío; el frío empieza a sentirse ya por los pies, malditas habitaciones, parecen hechas para morir como el que la espichó hace dos noches y el abuelo no le quitaba los ojos de encima, y luego no dijo ni una palabra en todo el día. El viejo no es tonto y sabe que se muere, y se siente impotente porque ya no se puede valer, que antes sí que se enfrentaba a las enfermedades y a los problemas, cuatro veces operado del riñón, con infinidad de puntos y él entero; encima ese asma crónica que se le agravó con el clima tropical, y el médico le dijo que tenía que volverse a Canarias, de modo que cogió a su mujer y a sus tres hijos y se vino con lo puesto, y Luisa le tuvo que decir adiós a su familia, a su tierra, a todo, con veinte años irse a unas islas tan lejanas, tan tristes. Desembarcaron y se fueron a Teror, a casa de los padres de Roque, a ver si les echaban una mano, que bastante dinero había mandado él desde Cuba para ayudarles; además eran sus padres, y Luisa casi se cae de espaldas con el recibimiento, frío, amargo, duro; llovía desde que avistaron La Isleta, y seguía lloviendo en Teror; les dejaron unos mendrugos y un pajar; allí acomodó a sus hijos en un breve lecho improvisado, y las goteras, y el agua fría.

Roque apretó los dientes, estoicismo que se dice, qué iba a hacer, además enfermo como estaba; y Luisa se fue a la cocina a prepararle una taza de agua, y la suegra la echó de allí, que sus calderos nadie los tocaba; para más inri le pegó al pequeño Antonio, siempre tan rebelde, que ella nunca le había levantado la mano; era tan difícil entender a aquella gente tan des-

pegada y tan resentida; si era su propio hijo. Hasta que unos días más tarde los padres de Roque lo llamaron y le dijeron que se fuese, que ellos no podían mantenerlo a él y mucho menos a su familia, así que cogieron el hatillo y los niños y se fueron a Tamaraceite, que decían que por allí había trabajo. Finalmente pararon en una cueva de El Dragonal, que se la alquiló uno que se iba para Venezuela; pagaron el pequeño alquiler unos meses y luego ya perdieron el contacto. El viejo vuelve a destaparse, y Miguel se le acerca enseguida.

—¿La bacinilla, abuelo?—. El viejo asiente con la cabeza. En la penumbra su rostro se advierte macilento. Hay que ver la lata que da un enfermo, los colores terribles que va adquiriendo su piel, como el azul que se les puso, aún en Cuba, a los gemelos, al poco de nacer, que fue un veintiocho de diciembre y los vecinos no se lo creían porque era el día de los Santos Inocentes; ahora uno piensa que era cosa del RH, aunque quién sabía entonces nada de eso; ya en El Dragonal Ramón nació bien y sin problemas, el primer hijo nacido en las Islas, al que iban a poner Eduardo, pero acababa de estallar el «Movimiento» y habían fusilado a un diputado con ese nombre, así que le pusieron a la criatura el de su abuelo de Camagüey, muerto de un tumor en la garganta cuando apenas contaba cuarenta años, con lo alegre y divertido que era, y todas las hijas tuvieron que ganarse la vida trabajando en una fábrica de tabaco, incluida Lila, la mayor, que era tan guapa. Miguel ha visto fotos suyas color sepia, y se parecía a Rita Hayworth. Luego perdieron todo contacto con Cuba y ya no se supo más de la familia, y acabada de parir Luisa tuvo que ponerse a trabajar en los tomates; iba y volvía caminando con Ramón a cuestas y dándole de mamar entre las cañas. El abuelo Roque consiguió trabajar en una panadería, y con un carro y una mula subía desde Las Palmas hasta La Calzada, y gracias a lo que cogía de pan pudieron escapar, porque el hambre era mucha, y Antónito se negaba a soportarla, y los otros tres la sobrellevaban mal que bien, perpetuamente *despercidos*, y las cosas al estraperlo estaban muy caras.

Miguel siempre ha oído a la abuela Luisa referirse a la «guerra de España», como si fuese algo lejano, aunque bastantes pobres inocentes sacaron aquí de sus camas los falangistas de madrugada, y bastantes familias quedaron rotas, la mayoría de las veces sin saber por qué, que se mezclaron muchas cosas de venganzas y de denuncias, y los tiraban por la Sima. Roque se enteró un día, por una conversación oída al azar, que iban a por Joaquinete, que era republicano, que ya lo habían buscado sin encontrarlo porque

se había escondido en el aljibe de su casa, pero alguien se había chivado esta vez, así que Roque se apresuró con la carreta y la mula y, sin hacer el reparo, se vino directamente a avisar a Joaquinete, y por unos minutos consiguió salvarse corriendo barranco arriba como alma que lleva el diablo.

En cualquier caso, había desnutrición y colas del gofio en todos los recuerdos, yendo de un trabajo a otro por jornales de miseria, y la abuela Luisa se puso de sirvienta para unos señores en Tafira; y Antoñito que lo mandaba a comprar una peseta de sardinas a la tienda de Pinito y se las comía por el camino, y mucho se le daba a él luego la paliza, y gracias al trigo de Perón; o poner una vasija con gofio en el centro de la mesa como único plato para todos, con un poco de aceite en un hoyito en el centro, y las pencas de tuneras que desaparecían de los caminos, que la gente las cogía para hacer fuego y cocinar, o las trebolinas de la orilla de la carretera, que no duraban ni un día, o los berros de orilla; de mayor decía Antonio que a veces conseguían algunas espinas de pescado de la casa donde Luisa servía, que la única carne que tenían eran los bichos, que los ponías en la parte de abajo de la cuesta y ellos solos subían las espinas hasta la cueva. Y gracias también a lo que Roque conseguía por esos caminos, que estaba siempre trayendo cosas a la casa; así que cuando Antonio fue al cuartel casi se muere de la hartada de rancho que se metió entre pecho y espalda, que estuvo tres días malo, y además se puso las primeras alpargatas. Y Roque trabajando como un condenado, pero no se podía hacer más; y menos mal que años más tarde consiguieron salir de la cueva; y mientras, los críos botados, que eran tan mataperros que la gente les decía los hermanos Veneno, hasta que fueron consiguiendo trabajo, y luego se casaron y vinieron los nietos, y Miguel.

Sale al pasillo y enciende un nuevo cigarro. Las cuatro de la madrugada. El viejo parece descansar. Lo recuerda de pequeño, allá en la cueva, donde se cobijaron a la vuelta de La Palma; una habitación enorme excavada en la roca, sin agua ni otra luz que la de los quinqués, luego sustituidos por una lámpara de carburo que el padre de Miguel se trajo de cuando estuvo trabajando en la galería de Botazo, con camas por todas partes y una mesilla de noche junto a la de los abuelos, con una jofaina y un vaso de agua en el que Roque dejaba la dentadura postri-

za todas las noches; dicen que una vez la perra Chona se la llevó para la ladera, y estuvieron buscándola tres días, y luego Roque se limitó a lavarla bien y ponérsela de nuevo; bien que se las ingenia-ba para traerles con frecuencia un cartucho con caramelos de goma y pastillas de a perra. De forma que cuando se fueron a vivir a Las Palmas era ya sólo una figura gris con ojos azules y burlones, que se visitaba los domingos y alguna que otra fiesta de guardar, y que preguntaba por los estudios, o enviaba recuerdos en las cartas que la abuela Luisa mandaba puntualmente a su nieto favorito que había ido a trabajar a Barcelona, tan jovencito, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, nosotros bien, gracias a Dios. Y luego, de vuelta a las Islas la cosa siguió igual; lo que pasa es que uno se va alejando de la gente, de tu sangre y tus raíces, qué coñada tan cursi, pero como decirlo de otra manera, y apaga el cigarro y vuelve a entrar.

El viejo está otra vez despierto y le mira; qué cosas pasarán por su cabeza, tantas cosas que he querido decirle a veces. Él, que esperaba tantas cosas de su nieto, ya ves; cómo se ha consumido en pocos meses desde que murió Antonio, el soltero; porque la abuela se deshizo en lágrimas, pero él se lo traga, que es lo peor, y ahora ya se ve.

El cansancio le vence. Cuando vuelve a abrir los ojos está amaneciendo y hace frío. Unos pisos más abajo la ciudad vuelve a hacer sentir su ruido, como si regurgitara pesadillas y coches, gente que vuelve al trabajo, humo. Roque tiene los ojos cerrados, pero a Miguel el corazón le da un vuelco. Le coge la mano yerta, aunque ya lo sabe. Sale al pasillo.—¡Enfermera!—

Y ahora tendrá que llamar por teléfono, primero los hijos, y luego la funeraria, y el velatorio, y termos de café, y vasos de agua y azúcar, que más da todo ya; el viejo ha muerto y estamos todos tan lejos de él y de las cosas verdaderas, tantos años de esta gente que ha hecho el mundo, porque no hay siquiera lágrimas en los ojos de Miguel, sino cosas extrañas aprendidas de forma extraña; y de qué vale pensar que la realidad es la naturaleza y la historia universal, el hombre y su inteligencia, la cultura material y la espiritual; supongo que nosotros moriremos más solos aún, y después el entierro y los pésames, y las visitas, y Miguel que camina solo por las calles grises, y después nada.